

ALFAGUARA


Wendy Guerra

Posar desnuda
en La Habana

Diario apócrifo

De los diecinueve a los veinte años

Nota del editor

Posar desnuda en La Habana es un diario apócrifo.

Los textos en redonda son de Wendy Guerra.

Los textos en cursiva son extractos de los *Diarios* de Anaïs Nin.

1922

Viaje en el vapor *New York*

Querido Diario:

Siempre llego tarde a lo que me fascina.

Cuando pueda viajar en *First Class* ya no va a interesarme. Así soy.

Durmiendo en Primera despertaré intranquila sabiendo que algo ocurre con los viajeros de abajo. No podré recuperarme de ese ataque de libertad. Por ahora Primera Clase es una gaveta prohibida, llena de joyas y de vanidad. Soy yo la que navega abajo mirando siempre al negro cielo.

El mar no me importa porque ya estoy en él. Recuerdo el invierno en que patiné con Joaquinito, días de aprendizaje; caerse y recuperarse. Cuando aprendí a patinar ya me aburría el hielo, tan filoso e inestable como esta infinidad oceánica. Ahora no tengo a Joaquinito conmigo, no puedo agarrarle, ni indicarle, ni dominarle, ni estabilizarnos los dos sobre la marcha. Sólo me tengo a mí. Lloro sobre el mar, y al mar no le importa; vomito sobre el mar, y se alimenta rápido con lo que no logro sostener en mi cuerpo. Me ignora y yo le ignoro, porque no hay nada más llano e insípido que un texto mío pensado desde el mar.

Me gusta jugar a olvidarlo: pocos pueden ignorarlo, sobre todo en los días luminosos. Éste es, sin dudas, un ejercicio magnífico para no complacerlo. Vanidoso líquido elemento que nos aleja o encuentra.

Suponía que éste fuera el Diario de Hugo, lleno de facilidades para su lenguaje de hombre refinado pero

simple, y ya veo que no, éste va a ser uno mejor: el Diario de Cuba. Hugo no hace acto de presencia en este barco, no existe, no aparece, y, sin desdorarle, yo no respondo a quien no agradece el favor de mis palabras. Cada vocablo aprendido por mí ha significado un asombro y un sobresalto, no dispongo de tantos como para también vaciarlos en el mar a esta velocidad desconcertante.

Escribir en inglés ha sido de algún modo darle la espalda al francés infantil y candoroso de mis padres, al breve castellano que me arrulló en otra vida; aquella cuna que poco recuerdo y a la que retorno hoy. Los escucho cantar o discutir en sueños. Vengo a dragar mi drama, a enjuagar esa memoria que no me deja en paz, que no me suelta, bordada por misteriosos acentos.

Estoy dispuesta a seguir en este viaje aunque encuentre el dolor en la fuga. Quiero ese dolor porque lo necesito, en el jamo de las mariposas capturo el dolor como parte de la cura.

Ni mis tías, ni mis primos, ni siquiera Eduardo va a evitar este cambio de piel. Hablaré en el español olvidado y volveré a mí a toda costa.

Estoy aprendiendo a conocer las marcas de transgresión. La débil lámina que la línea de flotación deja ver sobre el agua, o debajo de ella cuando una embarcación va completamente cargada. Cargada de dudas, cargada de preguntas. Soy un paquete de dolor en marcha.

Ante los peligros más crudos de esta travesía sola, lo único que me tensa y escarba es el miedo fabuloso, el cosquilleo en el vientre, los vértigos mientras escapo por el alero, resbalosamente. Me deslizo por el filo untado de cera que limita el espacio entre ellos y yo. Salto las barras de hierro fundido que limitan Primera de Segunda, y que no son, para nada, infranqueables, pero que los viajeros guardan con una solemnidad intrigante.

Los de Primera no buscan a los de Segunda, ni por curiosidad. A los de Segunda, el orgullo les impide husmear en los espacios de lo que pudieron ser.

Me infiltré arriba durante el desayuno, adivino que esta parte acaba de ser restaurada por su exquisita *touche*, huele a vainilla y a nuevo. Todo es pulcro y brillante. Me sirvieron panecillos calientes y no osaron preguntar mi apellido, mucho menos chequear con controles mi estatus; se defendían bien mis ojos claros en medio de tantos ojos negros contando perlas por los rincones. Me he fijado en que muchos aquí se sientan solos y hablan solos. También estrenan tristeza detrás de los lentes y las medias sonrisas.

No pido nada, ellos saben lo que deben esparcir sobre la mesa. Uso los instrumentos correctamente y al fin logran reconocer que merezco lo que trago.

Es cínico compartimentar a las personas como animalitos de zoológicos. Pero así vamos en nuestras jaulas, a unos los guardan como mariposas de lujo en filigrana dorada, y a otros como orugas apretadas en bolsas angostas y húmedas.

Siempre que intento dormir, el mar me acosa, recuerdo el constante peligro cuando bate al contrario de nuestras propias fuerzas.

Quien crea que doma el mar se equivoca. Los que intentamos dormir abajo sabemos cuál es el verdadero precio de este viaje, los que juegan cartas arriba disimulan, pretenden no tomar en cuenta una copa de vino derramada sobre un mantel de hilo. La anunciación de la tormenta al centro del indomable remolino. Yo lo admito y retozo, yo lo pienso y lo olvido. Es un coqueteo fundamental para llegar en paz a mi destino.

¿Cuánto me interesa ese destino? Y es que Cuba es... Padre. Cuando quise venir por Padre, estábamos en

París; cuando llego a Cuba, él se ha marchado a Francia con Maruja. También Hugo está hoy en París. Quizás ambos se encuentren en un pequeño café, se tomen una copa juntos a la salida de un concierto y ni adviertan quién es quién. Llego siempre retrasada a mi preferencia, y al arrodillarme ante ella veo que es tarde, lo veo claro, no me engaño y me levanto para seguir, sin más remedio que encontrar otra necesidad.

Son puros pretextos para trasladarme usando el puente inestable de estos viajes al deseo.

Esta noche cené aislada en mi coqueto camarote, un promontorio argentado que, por fuerza, ya guarda el aroma de mi almohadilla de extrañas flores, se me va pareciendo. Cuando empiezo a familiarizarme con un lugar es el momento de abandonarlo. Hoy no me vestí para subir a la cena. La tormenta arrecia y, como todos, nos quedamos encerrados, aquí mismo probé vegetales marchitos al vapor y un vaso de leche antes de dormir.

Todo me llega frío y tarde, pero no protesto, prefiero que no retengan mi cara, conviene pasar inadvertida de Primera a Segunda Clase sin sospechas. Puedo simular ser única pero, en realidad, lo sabes, soy una mujer común con estrafalarias intenciones.

Notas secretas a Hugo

Sí, creo en mi atmósfera perfecta: en el aroma inicial, en el espasmo original y puro; el de las lilas. El color de las lilas y su olor atormentado, con cuentagotas, aceites afinados en una clave alta y bien temperada. Las

lilas, mi atmósfera, mi burbuja, mi concha, mi estancia superior.

Escribo, escribo como si granizara, y es esencia, es arroz de novios lo que me llueve sobre el papel, la tinta falla y se estrella en los granos, mientras me deshago en lágrimas lilas.

La humedad de este clima trae un manto grueso de sal con lilas, y ahí me cobijo y aprendo a revisarme sin pudores. Cierro los ojos: eres violento, violeta, violáceo, nacarado y bizarro, te describo así, complejo, como un dibujo impenetrable. No logro un retoque más humano, y es así que te veo y te nombro Hugo, coqueteando con las verdades, buscándole sus duros bordes.

Mi autorretrato, en cambio, sale de un trazo, escueto, me tiendo a escribir sobre las sábanas lilas y mis medias evitan sentir el temblor asiduo de mis pies. Dibujo cada letra sin abandonar un detalle, con la precisión de fotografiar palabras que acechan, llaman bajo el intenso efecto de las lilas derramadas.

A veces el aire se define perfecto y no quiero llegar. Aún no.

Si en el muelle no estás, si hago el viaje contrario al que mi cuerpo pide, por qué me llevó el impulso hasta la orilla. Ahora suelto las líneas, las dejo, las abandono sin cuidados, nadie va a leerme. Estoy tan sola.

Las lilas y yo llegamos un poco enjutas, envueltas en un capullo de tul que algodona, envueltas, emanando nostalgia y fe, así llegamos las lilas y yo.

¿Qué hago aquí? Voy atrás. Busco la respuesta en el Diario.

Apuntes de enero...

Madre le ha escrito a tía Anaïs preguntándole si puedo ir a La Habana. El compromiso de Cuca ha provocado un gran cambio. ¡Cuánto he rezado por su felicidad! Y aún me parece que su matrimonio es por el mero hecho del acto y no por amor. En una vida tan vacía como la suya, el matrimonio es una necesidad, una obligación. Como una muchacha de sociedad, sería considerada un fracaso si permaneciera sin casarse. Espero esté equivocada.

El mundo me parece lleno de amor estos días. O quizás mis ojos están llenos de amor y entonces lo ven por doquier. Primero Bernabé y su joven esposa, luego Cuca. Nuestra propia sirvienta, Amparo, recibe visitas, cartas y mensajes telefónicos que le provocan arrebatos de abstracción. Bélica, más bien en secreto, tiene planes, y sonrío misteriosamente ante la mención de Hernández. En libros, en obras, en películas, en las calles, en los parques; donde quiera veo amor, romance, y me provoca admiración y vehemencia. La Habana para mí significa...

Tres en punto. Nunca sabrás lo que La Habana significa para mí.

17 de septiembre

Cher Papá:

He vacilado mucho antes de responder tu carta porque lo que tengo que decir te va a herir. Sobre todo, quiero que sepas que a pesar de mi amor hacia ti estoy obligada a escribirte la triste verdad.

Tu deseo de vernos no puede ser realizado, o al menos no en la forma en que pensaste. Después de

todos los años que Madre ha pasado luchando por nosotros, abrumada con responsabilidades y preocupaciones, ahora está cansada pero tiene su recompensa. Thorvald y yo hemos llegado a una edad en la cual podemos unir nuestros esfuerzos a los de ella, y estamos trabajando con ella para mantener la familia que tú creaste y que tú debiste haber mantenido. Nunca te diste cuenta de que tus niños sufrirían demasiado, que se privarían de tantas cosas, y que vivirían llevados siempre hasta el borde de la catástrofe, con dificultades, sacrificios y necesidades; por ti, por tu falta. Nunca nos hemos quejado. Nunca nos hemos dicho unos a otros cuando hemos visto a los papás de otros niños: ¿por qué nuestro papá no trabaja para nosotros? ¿Por qué nuestro padre no nos da lo que todos los papás dan a sus hijos?

No, nunca nos hemos quejado, porque nuestra madre nos dio todo lo que pudo, a la vez que nos enseñó a ser suficientemente felices con ello. Y nunca nos ha dejado sentir el gran vacío que causaste en nuestras vidas, privándonos de todo lo que nos debías a nosotros, tus niños. Por su gran coraje, por su fuerza, por su energía, por esa ternura combinada con inteligencia de la cual los niños obtienen la inspiración vital para la vida, nuestra madre fue capaz de reemplazar tu deber, tu presencia, tu influencia.

El hombre que deja de mantener y servir su casa es como el creador que abandona su trabajo... y lo pierde.

Ahora que Thorvald es un hombre joven y yo una mujer, estamos listos para compartir la carga. Y ahora nos pides que vayamos a ti. ¿Dejaremos a nuestra madre en un momento en que necesita nuestro apoyo y nuestra energía? Mil veces no.

Estamos llevando a cabo la misión que tú no terminaste. Con nuestra fuerza joven, estamos pagando el precio de la obligación de la que tú escapaste.

Tu hijo ha tenido que sacrificar su más querido sueño. Se graduó en la escuela con los mayores honores, y además ganó un premio por el cual lo hubieran admitido en una escuela superior donde hubiera comenzado a estudiar para su carrera de ingeniería. En vez de ello, está trabajando, ya en servicio, en vez de estar estudiando y disfrutando. Cuando debería estar llevando la vida de un joven mozo, está llevando la de un hombre. ¡Tan pronto!

También, tu hija está comprometida.

Si he sido dura contigo, ¡ah, Papá!, piensa en la pena que he sentido al darme cuenta, poco a poco, del alcance de tus faltas contra nosotros. Toda nuestra niñez estuvo nublada por ti. Toda nuestra juventud es dura, triste, por ti.

Esto es todo lo que tengo que decirte. Si lo entiendes, bien. Si no, nada de lo que yo pueda decir te ayudará a ver algo que dependa de tu interpretación de la justicia.

*Tu hija, que sufre por ti y contigo,
Anais*

20 de septiembre

De vuelta a la pequeña mesa de escribir rodeada de bullicio y confusión... lo único que aún no ha cambiado en cuanto a mí, y me adhiero a ello para asegurarme de que soy real y de que todo es real.

Sí. Aquí estás, y aquí está la mesa, y aquí estoy yo, pero el resto del mundo, la imagen que abrazaba tan

férreamente, el estado de las cosas que me esforzaba por explicar... ¿qué ha sido de todo? Con la rapidez de un relámpago, el mundo me ofrece una nueva cara, y no puedo encontrar el más vago vestigio de lo viejo. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Qué significa esta nueva imagen, qué ha provocado que tan repentinamente caiga sobre mí?

Puedo, con no poca dificultad, descifrar el significado del conjunto, de lo general, no de los detalles. Todo se torna magia, en letras resplandecientes: oportunidad.

Tía Antolina me lleva a Cuba. Uno de los sueños de Madre se realizará, y a través de mí. Tía Antolina ha encontrado en su persona la ocasión de devolver a su hermana el bien que ésta le ha hecho.

Puedo recuperar la salud y la fuerza que tan penosamente me faltan ahora, y regresar lista para ayudar a Madre. Este gran plan complace a todos; la única tristeza es el hecho de la separación de mamá, pero ella es la primera en relegarla, y quiero probarle que también yo puedo ser sensible.

Considerando todo el bien que de ello viene. Puedo serle útil a tía Antolina, y puedo hacer feliz a mamá. Puedo complacerla a través del éxito y la satisfacción. Soy libre; puedo descansar y jugar y enseñarme a mí misma ese gozo y esa ligereza que extraño en mí a través de la necesidad de una adecuada instrucción y (de nuevo) oportunidad.

No puedo creer que el amor sea verdadero si, por un tiempo al menos, no mitiga las debilidades del amado. Mientras hay crítica sin perdón, hay debilidad en el cariño, y no se puede confiar en su duración y estabilidad.

Mirando el principio de este libro, me sorprende la fuerza del amor que inspira. ¿Puede tal amor morir?, me pregunto. ¿Puede un amor así ser cambiado u olvidado?

Y aun... me parece que cuanto más apasionado y fuerte es el amor, más rápidamente deja de existir, si su objeto principal se muestra desmerecedor o no alcanza las

expectativas. El amor, cálido y sereno, aceptará esta decepción con gran indiferencia porque se trata de un amor menor. Pero un amor tan infinito, tan entregado como el que he sentido, si Hugo me decepcionara moriría de forma más completa y rápida que ningún otro. ¿Y cuánto puede durar mi amor por él, si mucho de lo que él hace lo puedo criticar sin piedad? ¡Dios me ayude!

No es que la vida me esté probando mentalmente demasiado, es la carga física de la existencia lo que me desgasta. Lo que siento es más que un decaimiento pasajero, y en estos días comprendí cuán inevitable era que fuera con tía Antolina, por un tiempo al menos, y, al fin, conformarme con una estancia indefinida en Cuba.

¿Por qué no soy fuerte y enérgica como otros? ¿Por qué debe el trabajo provocar tal estrago en mi paciencia y amenazar con arruinar mi salud?

¿Podría alguien predecir el resultado de este paso decisivo —su influencia— sobre mi futuro? Podría determinar lo que será mi vida de aquí en adelante; podría salvarme de un desatino traicionero; podría iluminar toda mi existencia; podría ser causa de mucha pena; o de mucha felicidad.

Y mientras tanto la representación continúa, interminable, y manteniendo el final como el misterio de los misterios... Y no podemos detenernos para exigir una explicación o para pensar; debemos vivir, vivir y vivir.

Con cuánta esperanza, ternura y orgullo escribí en las primeras páginas de este diario: «Diario de una novia». Y es este libro el que contiene la historia de la partida de Hugo para Europa y de la mía para Cuba. Él, en el medio del primer año de nuestro amor, puede dejarme.

Sólo un milagro puede hacer posible nuestro matrimonio, y tengo extraños presentimientos de que estaremos separados no por semanas ni por meses o años, sino por la eternidad.

Me he mantenido a mí misma tan ocupada, he llenado tan bien cada hora, que honestamente puedo decir que no he extrañado a Hugo ni por un instante.

Esta tarde Joaquín se sentó al piano y tocó el acompañamiento de Madame Butterfly (el aria «Un bello día», etc.) mientras Mamá cantaba. Al principio escuché las magníficas notas con un sentimiento de pura admiración por la voz de Mamá, y de pronto la música penetró en lo más profundo de mi ser, y su doloroso y penoso espíritu me conmovió. Me imaginé en La Habana, lejos, tan lejos de mi pequeña madre, lejos de Joaquín y de Thorvald, privada del gozo de verlos y escucharlos a todos... yendo sola hacia delante, dejando atrás lo que más quiero en este mundo, lo que esta pequeña casa sostiene dentro de sus humildes paredes, ¡todas mis alegrías, mi amor, mi vida!

La semana pasada dejé Jaeckel's, donde había estado trabajando por unas semanas, y todo lo que he hecho desde entonces es coser, rehacer, crear, comprar y preparar las mil y una cosas que componen el guardarropa de una dama. Estoy con mamá cuanto puedo. Y mis sentimientos son una extraña mezcla de pena, desesperación, gratitud y expectación. Por un momento me lleno de aprehensión, otros de regocijo y revelación. Le he preguntado a mamá un millón de veces: ¿estás satisfecha con este plan? ¿Te hace feliz? Y ella, mi querida, siempre dice sí, y nos besamos con más ternura que nunca, sin decir nada de lo que nos costará ver razonablemente nuestra separación.